

Capítulo 1

Maquiavelo: política y estrategia

Como si buscara observar también en otros planos las convenciones del teatro neoclásico que en ella se desarrolla, la modernidad prefirió evitar la representación de la violencia sobre el escenario del pensamiento político. No es que la ignorara o que su recurso le pareciera imposible: más bien la sustraía de la vista. Los reproches de Voltaire contra la violencia escenificada en *Hamlet* son elocuentes: “Se creería que esta obra es el fruto de la imaginación de un salvaje ebrio”¹. La violación en ella de las tres unidades dramáticas supuestamente aristotélicas fue, por cierto, un elemento que contribuyó a la condena; más importante, sin embargo, debió ser la multiplicación de muertes en la acción y la sangre derramada que satura la última escena: “Es una pieza grosera y bárbara...”.

La poética fuertemente normativa del neoclasicismo francés refleja, según Carl Schmitt, el legalismo del “espacio determinado por la soberanía del Estado”; contrariamente, Shakespeare escribe aún en un ámbito preestatal, signado por formas todavía feudales y por una guerra civil religiosa: de allí el apelativo volteriano de “bárbaro”². Durante el siglo XVII se estableció un canon que concibió la “tragedia al modo clásico, los hechos violentos ocurren fuera del escenario; el coro los comenta”³. Ése fue también un propósito central de la modernidad política: desplazar la violencia de la escena pública hacia el dominio de la naturaleza, una naturaleza humana todavía conflictiva, carente de la armonía que describía Newton en el cosmos exterior al hombre. Incluso la novela policial victoriana conserva esta herencia estético-política escamoteando la representación explícita de la muerte. Se trata de ella, sin duda. Conocemos el crimen y sus pormenores; pero el puntual hecho de sangre se nos oculta pudorosamente.

Hannah Arendt ha escrito que la tarea de la filosofía política del Occidente moderno fue principalmente la de deslegitimar la guerra como medio de la política⁴. Este impulso, a la vez político y moral, cuyo clímax dominará la reflexión de los siglos XVII y XVIII, merecerá algunos comentarios. Antes de eso, sin embargo, será importante destacar que la modernidad no se propuso aquella tarea de manera homogénea, ni tampoco la asumió desde su inicio. Un destacado ejemplo en este sentido es el pensamiento de Maquiavelo, el primer moderno en considerar la guerra políticamente. Con él la guerra se convirtió en tema integrante del problema del poder político hasta que sus sucesores filosóficos trazaron una frontera entre el enfrentamiento bélico y el escenario de la vida civilizada entendido como necesariamente pacífico.

Ese interés originario de la modernidad por la integración de la dimensión bélica en el cuerpo de la reflexión sobre el Estado y la política, representado como nadie por Maquiavelo, conocerá un renacimiento en el siglo XIX, cuyo inicio quedó marcado por las guerras revolucionarias y otras secuelas de la commoción europea de 1789. En ese momento surgirá la teoría de la guerra de Carl von Clausewitz. Pero para configurar siquiera esquemáticamente el horizonte de esa emergencia teórica resulta adecuado remontarse a sus fuentes y bosquejar su evolución posterior. Es evidente que un examen de la guerra en la modernidad merecería un vasto estudio independiente dada la variedad de matices en las distintas actitudes hacia el tema. Dichas exigencias superan con mucho los límites de este capítulo introductorio dedicado a Maquiavelo en parte por su carácter pionero, en parte también porque su pensamiento ejerció alguna gravitación sobre el de Clausewitz.

Tras el examen de Maquiavelo, habrá ocasión de perfilar algunas líneas directrices que orientaron dos siglos de reflexión moderna sobre la guerra. Las restricciones de tal visión panorámica son desde ya evidentes, pero también su necesidad para una adecuada comprensión de la novedad que aporta Clausewitz como pensador político, y no sólo como teórico militar.

Il Principe y la guerra

“Debe un príncipe, por tanto, no tener otro objeto ni otro pensamiento, ni adoptar como propio ningún otro arte como no sea el de la guerra, su

orden y disciplina; porque es el único arte que se espera del que manda...”⁵. Tal es la importancia que Maquiavelo le atribuye a la dimensión bélica para conservar o adquirir la soberanía. Todavía más, en un célebre capítulo de su *Príncipe*, plantea la clásica bifrontalidad de todo dominio:

Debéis, pues, saber que hay dos modos de combatir: uno con las leyes, el otro con la fuerza; el primero es propio del hombre, el segundo de las bestias. Pero como el primero muchas veces no basta, conviene recurrir al segundo. Por lo tanto, es necesario que un príncipe sepa hacer buen recurso de la bestia y del hombre⁶.

Si la primera forma de dominio político es propia de los hombres y la última de las bestias, el príncipe debe ser entonces un centauro, contar con ambas naturalezas *enteramente* juntas. No sólo para llenar los requerimientos del modelo de *uomo universale* renacentista, dominando con excelencia las más diversas artes, sino por motivos más inmediatos referidos a su propia generación y preservación. Siendo un zorro y un león al mismo tiempo, podrá evitar las trampas y neutralizar las amenazas planteadas a su imperio⁷.

Con su decidida afirmación de la autonomía de la política, en particular respecto de la moral y de la religión, Maquiavelo rompe con la unidad espiritual cristiana de todas estas esferas. Superando así el pasado medieval, inaugura con inaudita energía el pensamiento moderno de la política. Del mismo modo, observó Chabod, se anticipan en él algunos rasgos del Estado absolutista, pues en este pensamiento el soberano se encuentra liberado de restricciones para la acción y llamado a asegurar una organización fuerte y centralizada, un gobierno supremo con unidad de mando.

Al lado de esta visionaria independencia para la política, en Maquiavelo se revela una concepción precaria del Estado. Hay otro aspecto problemático en *Il Príncipe*: si bien la obra tiene a la cuestión militar como uno de sus temas centrales (algo que la modernidad no volvería a ver planteado con tanto vigor) la mirada no es profética sino anacrónica. Como escribió Chabod, Maquiavelo, “hombre del Renacimiento en cuanto a su razonamiento político, se volvía hombre del siglo XIII en las consideraciones militares”⁸.

Salpicada de micro-absolutismos e impulsada por un precoz desarrollo económico que no tuvo paralelo en su época, la Italia de Maquiavelo florecía en cultura y realizaciones artísticas, pero permanecía políticamente frac-

turada. Los intentos de unificación nacional fracasaron uno tras otro. Las *Signorie*, tiranías encabezadas por aventureros militares –con frecuencia ex capitanes mercenarios– o terratenientes sin legitimidad nobiliaria, se multiplicaron. Florencia resistió el proceso; su poderío económico contribuyó decisivamente a ello, pero terminó cayendo en poder de los Médicis. Las causas de esta atomización política son variadas y complejas; entre ellas, habría que contar la debilidad política de las ciudades frente al campo y la fortaleza de los gremios urbanos cuya renta les permitía desarrollar sin otros requisitos su actividad⁹.

En su estudio comparado de los absolutismos europeos, Perry Anderson señaló que el desarrollo social de Italia terminó por convertirse en una valla para su maduración como unidad política. Configurada por *Signorie* surgidas de golpes de fuerza, Italia ofrecía un escenario de ciudades en mutua y continua agresión armada que habría condicionado el horizonte de conquista y mantenimiento del poder estatal descrito en *Il Principe*. A pesar de su aparente “modernismo” (su indiferencia hacia los fundamentos religiosos de la vida civil o su inclinación a la práctica de una *Realpolitik*) en la obra no habría realmente un desarrollo del concepto de Estado, una objeción que algunos críticos lanzarán también contra Clausewitz. Para Anderson, *Il Principe* representa una aspiración histórica y políticamente anacrónica: “El programa idealizado de una *Signoria* panitaliana, o quizá meramente centroitaliana, en vísperas de la sustitución histórica de esta forma política”¹⁰.

Enmarcado en el ambiente de las *Signorie* sin prosapia dinástica, Maquiavelo habría ignorado la complejidad del problema de la legitimación política¹¹. Aunque Anderson reconoce la aversión del florentino hacia la nobleza (cuya función legitimatoria no habría llegado, empero, a comprender) su “republicanismo” habría sido puramente retórico. Su credo político se resume en la justificación del poder de una oligarquía poderosa, en la creencia de que la seguridad –y no la libertad– constituía la verdadera aspiración popular¹².

Las nuevas soberanías, cuyo problemático carácter intentaría captar *Il Principe*, fueron un fenómeno históricamente determinado por el recurso a la violencia y su principal desafío estuvo constituido por su capacidad para resistir las amenazas externas. Pero la noción de soberanía de Maquiavelo nunca habría distinguido entre el golpe de mano del aventurero y el domi-

Leído 20/2

o tras otro. Las
n frecuencia ex
piliaria, se mul
ico contribuyó
os Médicis. Las
jas; entre ellas,
e al campo y la
rrollar sin otros

Perry Anderson
se en una valla
Signorie surgi
des en mutua y
izonte de con
tipe. A pesar de
mentos religio
alpolitik) en la
ado, una obje
usewitz. Para
políticamente
aliana, o quizá
stórica de esta
dinástica, Ma
a legitimación
ntino hacia la
o, a compren
credo político
oderosa, en la
erdadera aspi
taría captar *Il*
or el recurso a
capacidad para
e Maquiavelo
ro y el domi

de terminal impersonal. Estos lineamientos, concluye Anderson, son los que terminaron por llevar su pensamiento militar a la paradoja. En efecto, en el seno de la organización armada, Maquiavelo aspiraba a una resurrección de las milicias comunales del medioevo bajo la forma de un ejército ciudadano al servicio de una tiranía usurpadora y no de un poder republicano. Por otro lado, Maquiavelo no habría sido capaz de diferenciar los soldados con tropa propia de las agrupaciones mercenarias disciplinadas bajo el poder de una monarquía dinástica que las contrataba y a la que, con el correr del tiempo, le aportarían el núcleo de su futuro ejército real. Francia, por ejemplo, organizó un ejército permanente reclutando mercenarios bajo el mando de un monarca revestido de autoridad moral y bendecido por la fe.

Pero en contraste con la histórica legitimidad dinástica de la monarquía francesa, el medioevo italiano, señala Chabod, no ofrecía "una gran tradición, un alma grande para el Estado". De manera que éste terminó hallando su punto de unidad en el dominio personal, sin un énfasis particular en la necesidad de una maquinaria administrativa independiente o de una cultura política que le sirviera de base y apuntalara su continuidad. Desaparecido el príncipe, el Estado corría la misma suerte. Porque en ese Estado individualizado y *nuevo*, "todo se reduce a la sutil energía del condotiero solitario" que con su *virtud* singular y su acción heroica aprovecha las oportunidades que la *fortuna* pone a su alcance. El príncipe en el que piensa Maquiavelo "es el Estado, y no, como será más tarde en pleno absolutismo europeo, el primer servidor del Estado"¹³.

El destino del principado, reorganizado después de la corrupción o creado *ex novo*, está encadenado a la posibilidad de contar con una fuerza armada propia, que Maquiavelo sólo imagina bajo la forma de una milicia popular. Aunque ¿cómo podría confiar el príncipe en la lealtad de sus súbditos en armas? Sin derechos políticos, sin haber asumido ningún papel en la creación del principado, el pueblo se vuelve de pronto sustento moral y pilar de la seguridad estatal. Y hay que considerar también la eficacia, ya que resulta dudoso que una milicia fuese capaz de enfrentar con éxito a mercenarios extranjeros, experimentados y entrenados, integrando una fuerza permanente y bien disciplinada. La milicia que impulsaba Maquiavelo ignoraba sus límites militares: "Podía servir como milicia territorial, nunca como ejército regular; no para la guerra de conquista ni mucho menos para

garantizar el absoluto predominio interno del poder central”¹⁴. Factores políticos de relieve y aspectos técnico-militares volvían a la reforma que Maquiavelo propugnó, y en parte aplicó en la Florencia de su época, un problema más que una solución¹⁵.

Si un anhelo de grandeza italiana forma parte del programa que, a juicio de Maquiavelo, deberá encarnar un príncipe redentor, según Chabod no se puede equiparar esa esperanza con la de los posteriores nacionalistas que lucharon por la unificación nacional. Gerhard Ritter revela una mirada algo distinta. Según su lectura, el pensamiento maquiavélico representaría el primer intento moderno de teorización del Estado, recogiendo, en su inspiración renacentista, la herencia de la antigüedad clásica, pero incorporando las primeras emociones de lo que posteriormente sería el nacionalismo. El contenido de la noción de Estado estaría dado por el poder, empezando por su capacidad militar propia, aunque se encontrase despojado de fundamentos culturales o jurídicos, e instrumentalizaría la religión como un mero auxiliar de su dominio. Ritter ofrece una explicación históricamente pautada que permite aproximarse al mundo que vio nacer este conjunto de ideas políticas. Ellas anticipan la tensión existente entre guerra y política, un tema que merecerá mayor atención cuando se aborde el examen de Clausewitz. Como escribe Ritter, en épocas tempestuosas como la de comienzos del Renacimiento, “[...] la virtud guerrera, la *virtù* de Maquiavelo, lo ocupa todo y se desprecia la pacificadora obra del legislador. [...] En tiempos tales no hay auténtico conflicto entre lo político y lo militar, pues la política misma no es sino lucha”¹⁶.

Por fuera de la combinación de amor y temor que configuraba el marco de relaciones del Estado con sus súbditos, la vida exterior estatal se hallaba determinada para Maquiavelo por el poderío material. Estado y ejército se necesitan mutuamente, y es por ello que el primero exige recurrir al reclutamiento de súbditos para proveer al segundo. El jefe militar debía concentrar las características propias de la *virtù*, el amor a la patria y la dedicación a su seguridad, condiciones básicas para la supervivencia estatal y más decisivas que los meros fundamentos jurídicos. Comandaría a sus subordinados con disciplina ferrea, la que también estaría concebida como una correa de transmisión de los valores cívicos de *virtù* hacia los ciudadanos¹⁷. Para Ritter, en estas ideas yace latente la nostalgia por el viejo orden militar romano; son también muestra de la unidad –luego disuelta– con

que la temprana modernidad concibe lo civil y lo militar. Sasso, por su parte, advirtió que la fascinación por aquel orden llevó a Maquiavelo a ~~desarrollar~~ el problema del número de combatientes: cuando la disciplina es nula, la cantidad es lo de menos¹⁸.

Aunque adjudican a la organización armada un papel esencial para la ~~sobrevivencia~~, visión que volvería a encontrarse en el militarismo nacionalista del siglo XIX, consideradas en su aspecto práctico esas ideas rechazaban la creación de un ejército permanente y profesional (*miles perpetuus*). Lo maquiavélico sería en definitiva una maquinaria de poder (carente de fondo cultural común o de una sustancia jurídica) que suplantaría con disciplina castrense las previsibles defeciones, sospecha fundada en una desconfianza antropológica, del patriotismo ciudadano. La milicia es un séquito a las órdenes del jefe virtuoso más que una anticipación de la clase de ~~ciudadano~~ ciudadano que desarrolló el siglo XIX, una institución inimaginable en el marco políticamente restringido de las ciudades italianas. Maquiavelo no habría siquiera considerado la posibilidad de iniciar reformas que ~~assegurasen~~ plena ciudadanía a sus habitantes¹⁹.

No obstante, sería erróneo creer que este conjunto de posiciones acapara la constelación ideológica del siglo XVI y la de su actitud hacia la violencia. Las teorías de Maquiavelo suscitaron réplicas en su propio tiempo. Summer señala que existió una crítica *humanista* del Humanismo político italiano; floreció en Europa del norte y reprochó a los pensadores italianos el exagerado papel que atribuían a la guerra en la esfera de lo público. Estos humanistas repudiaron el pensamiento maquiavélico; en especial los ingleses, pero el rechazo se extendió también a Francia –Gentillet publicó un *Anti-Maquiavelo* en 1576– e incluso a España²⁰.

Entre los representantes de esta actitud crítica se destacó Erasmo de Rómsterdam, contemporáneo de Maquiavelo, quien representó un polo intelectual opuesto dentro del Humanismo. Erasmo atacó la comprensión “realista” de la política y objetó el carácter instrumental atribuido al conjunto de valores de la *virtù* orientados puramente a la conservación del estado de cosas político. Contra esas concepciones elevó la exigencia de un contenido moral superior para la justificación del Estado, en especial la dignidad en él de la justicia. Erasmo se pronunció condenando sin atenuantes la guerra a la que consideró injustificable sobre todo entre cristianos. La guerra injusta era, en su opinión, preferible al derramamiento de sangre. Ac-

tualizó polémicamente el tema de la “guerra justa” –cuyo origen se remonta a Agustín y a Tomás– oponiéndole los conceptos de Pablo en su *Epístola a los romanos*: el mal sólo puede engendrar el mal. Para Erasmo, comenta Skinner, la guerra es producto de la negatividad humana: ira, ambición y locura son sus causas. En esta visión, la posición de los humanistas italianos (para quienes la fuerza y la violencia “llegaban a considerarse como auxiliares habituales de lo estatal”) representaba un escándalo²¹. Mientras que los italianos intentaban reflotar el concepto –de origen clásico– de ciudadano armado, los humanistas septentrionales lo enfrentaron con energía. Rechazaron también la idea de que la profesión de las armas revistiera una nobleza comparable a la del cultivo de las letras y que pudiera regularse por un código de honor guerrero.

El aumento de la violencia política durante el siglo XVI y su expresión teórica en las concepciones de la “razón de Estado”, fórmula que aparece por primera vez entre los escritores italianos de ese siglo, eximían al Estado de la necesidad de justificarse moralmente, en especial cuando atravesaba situaciones de emergencia o peligro. Esta actitud del Humanismo meridional propulsó, en el otro extremo de Europa, una respuesta humanista contraria a la actividad política *tout court*. En efecto, Skinner sostiene que para los humanistas de la Europa del norte la noción de poder era sólo aceptable si retenía en sí valores morales concebidos como impostergables frente a consideraciones de mera supervivencia. La simulación políticamente funcional de una moralidad en la que no se cree, o a la que se estima sólo por su eficacia para la conservación del Estado, suscitó el repudio de humanistas como Erasmo, quienes, según Skinner, tendieron a considerar la actividad política concreta como “sucia”, amoral y basada en un mero e indigno instrumentalismo al servicio del poder²².

El legado de Maquiavelo encendió discusiones a lo largo de los dos siglos que siguieron a su muerte en 1527. Mientras recrudecían los reproches de ateísmo e inmoralidad dirigidos contra su obra y su persona, se configuraba una práctica política que aplicaba sus concepciones. Más retórico que práctico, hubo también un antimaquiavelismo que se oponía a la demasiado explícita afirmación de la autonomía de la política; pero, apelando finalmente a la razón de Estado, no renegaba de ella en los hechos. La antirreligiosidad de *Il Principe* constituía un especial motivo de repulsión para un mundo en el cual la emergente autoridad del monarca absoluto

invocaba la soberano as absolutismo tía a un ren los cuerpos; había sosten Maquiavelo dad demoni y su Iglesia.

En un p bién el “emp sobre la just acencia de su “una suma d frase “el Co la necesidad por convert procedimientos dadora cienc aptitud para el centro de complejo.

Maquiavelo El trasfondo también una velo no fue tenta modernización del an tal en la época nómadas-málin De acuerdo con el resu ncia y punto

invocaba la omnipotencia de Dios como respaldo para su propio poder; el soberano aspiraba a ser tan legítimo como sacro. El estado confesional del absolutismo contrarreformista se desarrolló, además, en un clima que asistía a un renacimiento de la vida religiosa. La voluntad soberana sometía a los cuerpos; la ley divina se encargaba de controlar las almas, como Botero había sostenido claramente en su *Ragion di Stato* al tiempo que criticaba a Maquiavelo. La contrarreforma llevó aún más lejos el reproche de impiedad demonizando la explícita animadversión de Maquiavelo hacia el Papa y su Iglesia.

En un plano filosófico, el pensamiento moderno posterior deploró también el "empirismo" de Maquiavelo por indiferente a cualquier especulación sobre la justificación del Estado o a una indagación teórica más profunda acerca de su esencia y fundamento. *Il Principe* terminó siendo leído como "una suma de consejos y de dictámenes prácticos"; Gentillet acuñó para él la frase "el Corán de los cortesanos"²³. Y es que Maquiavelo pasaba por alto la necesidad del derecho en el pensamiento del Estado, algo que acabaría por convertirse en un núcleo de la reflexión moderna sobre el poder, sus procedimientos y su legitimidad. Chabod recuerda que para Bodin la verdadera ciencia de un príncipe no era el dominio de las armas, sino la aptitud para juzgar a su pueblo. Sólo una generación después de Maquiavelo, el centro de las preocupaciones teóricas de la política había cambiado por completo.

Maquiavelo como estratega

El trasfondo histórico de rivalidad y guerra entre ciudades italianas produjo también una intensificación del interés en la teoría militar al que Maquiavelo no fue por cierto ajeno. *Dell'arte della guerra* representa la primera teoría moderna sobre el tema. Su contenido derivaría de la propia investigación del autor y no de la mecánica emulación de modelos clásicos habitual en la época. Maquiavelo habría poseído un bagaje de conocimientos técnico-militares raro en un teórico de la política²⁴.

De acuerdo con las convenciones renacentistas, *Dell'arte della guerra* pone en escena un diálogo entre el condottiere Frabrizio Colonna, protagonista y portavoz de las opiniones del autor, y una serie de interlocutores

(que, como el anterior, eran personajes tomados de la realidad) reunidos en los Ortí Rucellai. La obra, única que el autor dio a la imprenta durante su vida, apareció en Florencia en 1521 y conoció un éxito inmediato; su publicación fue seguida de numerosas traducciones. Maquiavelo compuso sus siete libros entre 1519 y 1520 bajo un clima de particular decepción política como deja traslucir el tono sombrío de sus páginas iniciales y finales. El anhelo de ver al príncipe plasmado en los hechos ya se había desvanecido, pero el autor vuelve sobre el tema de la reforma militar, en cuya plena ejecución no había perdido aún las esperanzas. Sistematizando observaciones desperdigadas en otras de sus obras, Maquiavelo quiere volver a impulsar un programa. Es generalmente admitido que el énfasis en el predominio de la infantería en desmedro de la naciente artillería o de la caballería es uno de los típicos errores que el autor no subsana, sino que reafirma en *Dell'arte della guerra*. Llega incluso a falsear la historia militar italiana para justificarse; y su obsesión con la infantería tiene menos que ver con necesidades militares que con la promoción de ideales políticos de participación²⁵.

Con todo, debe destacarse que en esta obra el encuentro de la reflexión política con la militar llega a un momento culminante; ella marca no sólo una separación del pasado medieval, según subraya con justicia Chabod, sino que señala un hito singular para la modernidad, que no volvería a repetir el gesto²⁶. En efecto, *Dell'arte della guerra* se destaca de otros tratados militares de la época por el hecho de que incorpora temas políticos y no se deja absorber por exclusivos debates técnicos. Éste es otro de los "motivos maquiavélicos" que se encontrarán también en el trabajo de Clausewitz y revela uno de los secretos que posibilitaron su vigencia en el tiempo. Pero en comparación a otros hitos del *corpus* maquiavélico, este tratado militar fue relegado a un segundo plano por la tradición posterior. Como justamente advierte Piero Pieri, pese a la inmensa bibliografía disponible sobre Maquiavelo, su escrito sobre la guerra no fue objeto de una consideración ni remotamente comparable en intensidad²⁷. Las razones que llevaron a esta situación acaso deban buscarse en posiciones como la de Münkler, para quien aquél escrito reviste una importancia secundaria en el conjunto de la obra del autor florentino²⁸.

Maquiavelo tomó como modelo temático y literario *De re militare* de Vegetius (fines del siglo IV), pero sus consideraciones, en particular las incluidas en el capítulo tercero dedicado a la batalla, son enteramente origi-

males. Ciertos tratadistas medievales, entre ellos Egidio Colonna y Cristina de Pisan, también ejercieron su influencia sobre el texto, así como los historiadores Polibio y Tito Livio inspiraron el modelo romano de relaciones entre la órbita de lo cívico y la de lo militar presente en *Dell'arte della guerra*. La referencia a los clásicos, afirma Carrera Díaz, es típica de la época, pero se vuelve dominante en el libro, donde a menudo se convierte en un lastre teórico²⁹. En muchos pasajes Maquiavelo promueve una anacrónica imitación de Roma (imaginariamente petrificada en los tiempos de César, sin evolución anterior ni posterior) entendida como contracara de la situación de su propio tiempo. Sasso interpreta las referencias exemplares a los antiguos como un recurso crítico para marcar un contraste con “la miseria del presente”³⁰. Esta inclinación por lo clásico, puesta de manifiesto a lo largo de toda su obra, llevó a Leo Strauss a considerar a Maquiavelo más como un restaurador de la antigüedad que como un innovador teórico³¹.

De todos modos los escritos militares del florentino no se agotan en sus evocaciones (sean ellas críticas, apologéticas o meramente anacrónicas) al arte romano de la guerra, sino que contienen también perspectivas renovadoras. Entre los tópicos originales de la obra debe mencionarse la oposición a la contratación de mercenarios, un procedimiento corriente en la Italia del momento. Maquiavelo se burla ácidamente de las supuestas proezas de los mercenarios; los considera poco confiables y más dispuestos a la maniobra cautelosa que a la peligrosa ofensiva. Münkler observa que Maquiavelo reprocha a los *condottieri* el estancamiento del arte militar y su degeneración política. Sustituyendo el combate por la guerra maniobrada, los *condottieri* habrían buscado imponer su *ambizione* –su interés personal– permaneciendo indiferentes ante el destino político de la ciudad. Habrían buscado la capitulación negociada con el enemigo sin perseguir jamás su derrota militar puesto que implicaba el riesgo de una lucha encarnizada. Por tanto, lo que primaría en su arte de la guerra sería la *fortuna*, no la *virtù*³². En el clima amable y sofisticado del Renacimiento, Maquiavelo introduce una visión áspera de la vida política. El peligro, la pasión y la reivindicación del enfrentamiento abierto son elementos que para él dominan la atmósfera que rodea el Estado y a sus asuntos³³.

Las dificultades para traducir a la realidad la propuesta maquiavélica de un reclutamiento general entre la población ya fueron en parte indicadas. Al límite político que significó la falta de igualdad jurídica de Florencia

habría que agregar la incapacidad del fisco para sostener un ejército profesional y el temor que provocaba en los círculos dirigentes la existencia de un grupo de súbditos en armas. Según Hans Delbrück, fue esta desconfianza política la que impidió el desarrollo de una verdadera disciplina de cuerpo tal como la que había conocido Roma³⁴. A pesar del influjo que ejercía como modelo, los escritores militares del Renacimiento, incluido Maquiavelo, no habrían conseguido captar el papel crucial que el arte militar romano otorgaba a la disciplina³⁵. En cuanto a la crisis fiscal producida por los gastos militares (un tema que, como en sordina, se volverá a plantear una y otra vez en el abordaje –incluso filosófico– del tema de la guerra por parte de los modernos), Maquiavelo, de acuerdo con Müunker, habría creído que el establecimiento de una milicia ciudadana en reemplazo del ejército mercenario constituiría una solución eficaz, pero nunca enfrentó concretamente el problema³⁶.

El tema obsesivo de Maquiavelo es el odio a los mercenarios, a quienes no distingue de los *condottieri*, en el contexto de la urgente necesidad de que los principados cuenten con una milicia propia. Prolonga así un *leit-motiv* de *Il Principe*: un Estado sin defensa militar fiable está condenado. En esta carencia identifica la principal causa de la ruina italiana; y sus motivos hay que buscarlos en la negligencia de los gobernantes, esto es, en la individualidad del príncipe. Este criterio de análisis también significó, apunta Chabod, un verdadero obstáculo teórico pues impidió a Maquiavelo profundizar en otras realidades, como las económicas y las políticas³⁷. Con todo, y anticipándose con ello a un tópico autocrítico de la modernidad, Maquiavelo detecta en la absorbente dedicación a los negocios de sus contemporáneos uno de los orígenes del debilitamiento civil y, por supuesto, también del militar.

En el plano técnico Maquiavelo también ofrece una serie de sugerencias que lo erigen, según las palabras del célebre historiador militar Hans Delbrück, en el principal tratadista del Renacimiento³⁸. La infantería, inspirada en el modelo de los picadores suizos, es valorada como superior a la caballería (expuesta a la acción devastadora de las armas arrojadizas). Sasso afirmó que en *Dell'arte della guerra*, la infantería es “el nervio del ejército”³⁹. Sin embargo, Maquiavelo no otorga crédito a las armas de fuego personales (que sólo comenzarían a imponerse lentamente a mediados del siglo XVI para llegar a monopolizar los medios de lucha hacia fines del XIX), ni tampoco a la artille-

1515 El arte de la guerra

JOSÉ FERNÁNDEZ VEGA

29

ria. El principal motivo de este rechazo es su uso aún incipiente y sus deficiencias (poca precisión de tiro, dificultades para su traslado, eficacia de las fortificaciones). A pesar de las reservas de Maquiavelo, los suizos armados con picas habían sufrido ya en Marignano (1515, i.e., seis años antes de la aparición de *Dell'arte della guerra*) una dura derrota bajo el fuego de los arcabuceros españoles, quienes volvieron a triunfar en Bicocca (1522)⁴⁰. Al concentrarse en el aspecto político y moral del tema de la milicia, Maquiavelo subestimaba el poder de los nuevos medios de lucha justamente cuando la relativa uniformidad en el desarrollo de la historia militar desde la antigüedad hasta el Renacimiento estaba a punto de ser subvertida por el arma de fuego y los ejércitos nacionales. La desatención por las perspectivas de los desarrollos científicos y tecnológicos aplicados al combate, sumada a la indiferencia por los sucesos militares inmediatos, constituirían así nuevos ejemplos de la desventaja que en una era de cambio habría representado su fijación retórica en el modelo de los clásicos⁴¹. Más tarde, en la época de Clausewitz, obsesionada por los acontecimientos del presente, ello ya no representará más que un problema residual (según se tendrá ocasión de exemplificar más adelante al analizar el caso de Fichte). Los ejemplos históricos corresponderán al inmediato pasado y el desafío teórico crucial estará señalado por el análisis de la actividad guerrera de Napoleón. En el lapso que media entre Maquiavelo y Clausewitz, el modelo de la ciencia (especialmente el representado por la geometría, con la consiguiente intención de derivar de ella principios válidos para la estrategia) acaparó el lugar retórico de paradigma, desplazando el modelo histórico romano. Pero esa ambición geometrizante asumirá luego el carácter de verdadero "obstáculo epistemológico" para la visualización de las transformaciones en curso, en particular las producidas por la Revolución francesa en el terreno militar.

Otros problemas, los de orden logístico o los relativos a la inteligencia militar, no aparecen tratados en la obra de Maquiavelo⁴². En el aspecto táctico se atiene al dogma moderno de las formaciones cerradas cuya implementación sistemática, con discutible autenticidad en lo relativo a los detalles, atribuye a un cierto modelo clásico. Estratégicamente, sin embargo, incluye el verdadero aporte de concebir un choque rápido en lugar de las prolongadas guerras de desgaste que, en general, evitaban el contacto de los ejércitos. Este elemento, sin dudas el más original entre las innovaciones militares del libro, está fundado en consideraciones de orden político.

Como Clausewitz tres siglos más tarde, Maquiavelo ensaya una revalorización de la guerra ofensiva opuesta al estilo medieval de contienda. Entiende que la batalla es un momento decisivo de la guerra y que la maniobra no puede suplantarla siempre. No obstante, Delbrück considera que, por limitaciones epocales, Maquiavelo no pudo ser capaz de superar una cierta ambigüedad entre los polos representados por la batalla y la maniobra en su teoría de la conducción de la guerra. Le reprocha, además, la manipulación de ejemplos y datos históricos para justificar sus doctrinas. Pero Delbrück reconoce que hasta la época de Federico II no hubo –ni pudo haber– un equilibrio doctrinario entre batalla y maniobra. El límite de Maquiavelo como escritor militar, para esta visión, es el que le marcó su tiempo⁴³.

La idea de la necesidad insustituible de la batalla (también afirmada en sus *Discorsi*)⁴⁴ es uno de los tópicos centrales de *Dell'arte della guerra*, cuyo compendio podría completarse con la idea de que el fin de la guerra es la victoria (esto es, un objetivo de la dimensión estratégica, no táctica) y el comentario acerca del espíritu del experto militar, el cual debe estar orientado por el amor a la paz pero complementado por su saber en asuntos bélicos y por su búsqueda de reglas universalmente aplicables en ese campo⁴⁵. La guerra lleva siempre la muerte como elemento asociado; en ella no hay moral, sólo cuenta la eficacia y la victoria. En otro plano, su práctica fortalece la *virtù* necesaria para la existencia estatal. Como se tendrá ocasión de ver, secuelas de esta idea serán retomadas más tarde por otros escritores políticos modernos.

Más arriba se ha señalado que Maquiavelo es el primer pensador moderno que integra las dimensiones militares con las preocupaciones políticas. Ello implica que los motivos políticos y militares de su pensamiento se superponen a lo largo de su obra. Su elaboración, por consiguiente, no se halla únicamente condensada en *Dell'arte della guerra*. En sus *Discorsi*, por caso, pueden encontrarse pasajes y reflexiones desperdigadas cuyo contenido merece integrarse a su imagen de estratega. Temas como el de la necesidad política de reclutamiento de una fuerza propia, las virtudes que deben caracterizar al jefe militar y las causas que llevan a la lucha armada son tratados en esa obra junto con otros que sin duda corresponden a la visión militar que tenía Maquiavelo en tanto teórico de la política⁴⁶.

Es preciso subrayar la intensa preocupación de Maquiavelo por no limitarse a los aspectos técnicos de la guerra, algo que acaso lo llevó al exceso

contrario. A militares de excesivamente, que aún guerra, es de miento de la no militar la de un sistema: imagen ejemplar romana.

Dicho e nantemente p la opinión de tra los que acu rismo moderna política popular. Maquiavelo co intenta amplia dad de la vida Maquiavelo ha da de la ciudad francesa puso p crea las condici inverso. Fue la la introducción zativas como de

La confianz o, para el caso, u conjunto de val oranza que, como después de Maquedad moral y cív Maquiavelo, una de los horrores d ninguna otra ant tica corriente del

contrario. Antonio Gramsci llegó a concluir que los errores y anacronismos militares de *Dell'arte della guerra* se debían a la adopción de una perspectiva excesivamente política por parte de Maquiavelo⁴⁷. Münkler estima, en cambio, que aún se encuentra pendiente una lectura política de *Dell'arte della guerra*, es decir, una que no se limite a su habitual abordaje como documento de la historia de la estrategia. Maquiavelo habría reflejado en el plano militar las necesidades defensivas del capitalismo italiano pero, carente de un sistema articulado de reflexión económico-social, habría buscado una imagen ejemplar en el pasado: concretamente, en la organización militar romana.

Dicho ejemplo habría tenido en su pensamiento un valor predominantemente político, no castrense, y es aquí donde Münkler confluye con la opinión de Gramsci, si bien no coincide totalmente con su crítica⁴⁸. Contra los que acusan a Maquiavelo de anticipar algunos de los valores del militarismo moderno, Münkler cree que es ante todo la regeneración de la virtud política popular lo que está en la base de su programa militar. Si en *Il Principe* Maquiavelo confiaba en la *virtù* de un individuo, en *Dell'arte della guerra* intenta ampliar los fundamentos políticos y morales que sostienen la vitalidad de la vida civil. Pero la revivificación del sentido cívico romano, que Maquiavelo habría creído posible mediante una reforma de la fuerza armada de la ciudad, era un programa destinado al fracaso. Como la Revolución francesa puso palmariamente de manifiesto, no es el ámbito militar el que crea las condiciones para la renovación de la vida civil, sino precisamente lo inverso. Fue la subversión de las viejas formas políticas lo que hizo posible la introducción de nuevas modalidades militares a todo nivel, tanto organizativas como de combate.

La confianza en la transformación política que puede impulsar la guerra (o, para el caso, una organización militar) en la medida en que revitalizaba un conjunto de valores comunitarios erosionados por la crisis significó una esperanza que, como se verá más adelante, fue compartida por muchos modernos después de Maquiavelo. La capacidad regeneradora de la guerra, una capacidad moral y cívica, constituyó, en el período histórico siguiente al de Maquiavelo, una importante justificación para el conflicto armado. Hastiada de los horrores de la guerra, la época posterior a Maquiavelo buscó, como ninguna otra antes, los fundamentos que permitieran erradicarla como práctica corriente del tráfico internacional. Hay aquí una tensión entre, por una

parte, la percepción de una aptitud paradójicamente estimulante de la guerra para el compromiso individual en la empresa común de la sociedad y, por la otra, su condena ética en tanto tragedia humana. Dicha tensión diseña un vacilante hilo conductor teórico que se enreda en los pliegues de la conciencia moral, pero que se extiende en el espacio, deseado pero remoto, de una sociedad civil no dominada por el egoísmo individualista. La espantosa guerra puede ser también un momento de sacrificio generoso, político.

Notas

¹ Voltaire, *Oeuvres Complètes*, IV, p. 502.

² Carl Schmitt, *Hamlet o Hécuba. La irrupción del tiempo en el drama*, Valencia, Pretextos-Universidad de Murcia, 1993, trad. R. García Pastor, pp. 33, 51 y 54.

³ Cf. Jorge Luis Borges y María Esther Vázquez, *Introducción a la literatura inglesa*, en: J. L. Borges, *Obras completas en colaboración*, Buenos Aires, Emecé, 1979, p. 825. Como el propio Corneille admitió, la regla de no ensangrentar la escena no se remonta a los clásicos. (Cfr.: Aristóteles, *Poética*, XI, 1452b12).

⁴ Hannah Arendt, *Was ist Politik*, p. 90.

⁵ Niccolò Machiavelli, *Il Principe*, en: *Opere I*, p. 62.

⁶ Ídem, p. 72. Se trata del capítulo XVIII, que Genaro Sasso consideró como el crucial de la obra. Sasso plantea un problema interpretativo que aquí no se podrá más que mencionar: el de qué equilibrio habría en Maquiavelo entre "la bestia e l'uomo", y si ese equilibrio sería o no estable. Cfr.: Genaro Sasso, *Machiavelli e gli antichi e altri saggi*, III, p. 92.

⁷ Un interesante análisis de la imagen maquiavélica de "la volpe et il lione", que remonta sus orígenes a Cicerón, se encuentra en: Herfried Münkler, *Politische Bilder, Politik der Metaphern*, pp. 101 y ss. Para Sasso, Maquiavelo tiene aquí en cuenta a Aristóteles (*Política*, 1285b). Cfr.: op. cit., II, p. 446.

⁸ Federico Chabod, *Escritos sobre Maquiavelo*, p. 96, n. 156.

⁹ Perry Anderson, *El Estado absolutista*, p. 152.

¹⁰ Ídem, p. 162.

¹¹ "Lo fundamentalmente nuevo en la teoría política de Maquiavelo es, en cambio, su justificación principista de una consideración técnica de la política, así como una antropología pesimista, la cual, con él, se proyecta por vez primera a legitimación fundada del Estado". H. Münkler, "Einleitung" en: N. Machiavelli, *Politische Schriften*, p. 37.

¹² P. Anderson, op. cit., pp. 164-168.

¹³ F. Chabod, op. cit., pp. 57 y 79 (el subrayado es mío, J.F.V.).

¹⁴ Ídem, p. 86.

¹⁵ Para una descripción de la milicia florentina, en cuya creación Maquiavelo jugó un papel decisivo, junto con la reseña de sus deficiencias militares que llevó a la derrota de Prato en 1512, cfr. F. Chabod, op. cit., pp. 211 y ss.

¹⁶ Gerhard

¹⁷ Para el or
ciceroniana), cfr.

¹⁸ G. Sasso,

¹⁹ G. Ritter,
maquiaveliana de
Princeton, Prince

²⁰ Sobre el an-

en *Il pensiero poli-*

²¹ Q. Skinner

²² Ídem, pp.

²³ Véase: F.

(para la de Bodin

²⁴ G. Ritter,

²⁵ F. Chabod

²⁶ Ídem, p. 1

²⁷ Piero Pie

Kriegskunst, p. 11

biado sustancialm

²⁸ Peter Paret, ed

²⁹ H. Münkl

³⁰ Manuel C

velo. El arte de la

³¹ G. Sasso, o

gli antichi nelle cos

sotto l'ombra...

al y republicano c

crítica (de tono pe

³² Leo Straus

Political Philosophy

³³ H. Münkl

en Maquiavelo

que sólo se ad

minimo en relació

³⁴ F. Chabod,

³⁵ GDK, IV,

nacional. E

Maquiavelo. Amb

político y mucho m

³⁶ GDK, IV, p

³⁷ H. Münkl

³⁸ F. Chabod,

³⁹ GDK, IV, p

⁴⁰ G. Sasso, o

¹⁶ Gerhard Ritter, *El problema ético del poder*, pp. 1-3 y 103-104.

¹⁷ Para el origen de la *virtù* en el pensamiento humanista (y su contacto con la *virtus ciceroniana*), cfr. Quentin Skinner, *The Foundations of Political Thought*, I, pp. 88 y ss.

¹⁸ G. Sasso, op. cit., III, 153.

¹⁹ G. Ritter, op. cit., pp. 73, 80 y 84. Para otra lectura del republicanismo en la teoría maquiavélica de la guerra y las milicias, véase: J. G. A. Pocock, *The Machiavellian Moment*, Princeton, Princeton University Press, 1975, pp. 183 y ss.

²⁰ Sobre el antimaquiavelismo temprano: L. Firpo, "Le origini dell'antimachiavellismo", en *Il pensiero politico*, pp. 337-367 y "La prima condanna di Machiavelli", pp. 23-46.

²¹ Q. Skinner, op. cit., p. 246.

²² Idem, pp. 252-253.

²³ Véase: F. Chabod, op. cit., pp. 77, 236 (para la cita de Gentillet) y p. 125, n. 234 (para la de Bodin).

²⁴ G. Ritter, op. cit., p. 79.

²⁵ F. Chabod, op. cit., pp. 85 y 93.

²⁶ Idem, p. 228.

²⁷ Piero Pieri, "Niccolò Machiavelli", en: Werner Hahlweg (Hrsg.), *Klassiker der Kriegskunst*, p. 118. Cinco lustros más tarde la situación apuntada por Pieri no había cambiado sustancialmente; véanse los nuevos estudios sobre el tema citados por Félix Gilbert en Peter Paret, ed., *Makers of Modern Strategy*, p. 876.

²⁸ H. Münkler, "Einleitung", op. cit., p. 40.

²⁹ Manuel Carrera Díaz, "Estudio preliminar" a su traducción anotada de N. Maquiavelo, *El arte de la guerra*, Madrid, Tecnos, 1988, p. XXIII y ss.

³⁰ G. Sasso, op. cit., I, p. 176. Sasso evoca un pasaje de *Dell'arte della guerra* ("somigliari gli antichi nelle cose forti e aspre, non nelle delicati e molli, e in quelle che facevano sotto il sole, non sotto l'ombra..."), al que le concede mucha importancia pues resumiría el impulso moral y republicano de la imitación de la antigüedad propuesta por Maquiavelo y la implícita crítica (de tono pesimista) al presente que ella contiene. Cfr.: idem, I, p. 505, n. 116.

³¹ Leo Strauss, "Niccolò Machiavelli" en: L. Strauss y J. Cropsey (eds.), *History of Political Philosophy*, p. 297.

³² H. Münkler, *Machiavelli*, p. 381. Retomando un concepto de Delbrück, Münkler ve en Maquiavelo un precursor de la *Niederwerfungsstrategie* (o estrategia de derribamiento) que sólo se adoptaría de forma plena a partir de Napoleón. Delbrück no utiliza el término en relación con Maquiavelo.

³³ F. Chabod, op. cit., p. 114.

³⁴ GDK, IV, pp. 118-120. Delbrück considera a Maquiavelo como el "profeta" del ejército nacional. En cuanto a Clausewitz, su opinión sobre los *condottieri* se asimila a la de Maquiavelo. Ambos le atribuyen una concepción de la guerra como asunto privado, no político y mucho menos popular. Cfr.: VK, I, II, 6, p. 341.

³⁵ GDK, IV, pp. 121-122.

³⁶ H. Münkler, *Machiavelli*, op. cit., pp. 382-382.

³⁷ F. Chabod, op. cit., pp. 220-221.

³⁸ GDK, IV, p. 117; para las transformaciones militares, cfr. también p. 126.

³⁹ G. Sasso, op. cit., III, p. 153.

⁴⁰ *OM*, pp. 8-9.

⁴¹ El camino hacia la "ciencia" en temas estratégicos fue abierto, según sugiere Azai Gat, recién en el siglo siguiente por Raimondo Montecuccoli (1609-1680), quien rápidamente se convertiría en una autoridad en el campo. Como Clausewitz, Montecuccoli casi no publicó en vida; pero, en tanto hombre renacentista, la amplitud de sus intereses intelectuales (la alquimia, entre ellos) no puede compararse a la del prusiano (*OMT*, pp. 22-24). En todo caso su inclinación muestra ya la tendencia a separarse de la historia clásica como referencia fundamental del arte militar.

⁴² Cfr., empero, los *Discorsi sopra la prima Deca di Tito Livio*, en: *Opere I*, op. cit. Libro tercero, XVIII, pp. 459 y ss. y Libro tercero, XXXVIII, pp. 567 y ss., donde se tematizan cuestiones relativas al engaño táctico del enemigo y a la necesidad de presentir sus decisiones. Ambas son virtudes que ejercita el jefe militar.

⁴³ *GDK*, IV, pp. 129 y 132.

⁴⁴ N. Maquiavelo, *Dell'arte della guerra*, en: *Opere II*, op. cit., pp. 368. Cfr. asimismo pp. 408-409 y *Discorsi*, op. cit., Libro tercero, X, pp. 419 y ss.

⁴⁵ N. Maquiavelo, *Dell'arte della guerra*, op. cit., pp. 343-344 y 409.

⁴⁶ Cfr., N. Maquiavelo, *Discorsi*, op. cit., Libro primero, XXI, pp. 186 y ss.; y XLII pp. 232 y ss. Para el tema del reclutamiento: Libro primero, I, pp. 125-126 (el ejemplo de Roma). Para la caracterización del general como político y la necesidad de una unidad entre autoridad militar y civil: Libro tercero, XV, pp. 434 y ss. Para el análisis de los motivos que llevan a la guerra civil (nuevamente Roma es el modelo): Libro primero, XXXVII, pp. 210 y ss.

⁴⁷ Sobre A. Gramsci, cfr. sus *QC*, I, p. 9 y III, p. 1572.

⁴⁸ H. Münkler, *Machiavelli*, p. 382.